



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## INTRODUCCION.

---

El gobierno democrático requiere la constante atención y cooperación de todos los ciudadanos; pues no basta elegir al gobernante sino que es necesario también vigilarlo incesantemente y alimentar una opinión pública vigorosa que limite sus actos de gobierno. Para eso es preciso que la masa popular, formada por la mayoría proletaria de los campos y de las ciudades, esté compuesta de individuos libres, o sea, económicamente independientes. Si en lugar de esa sociedad en que prepondera un pueblo libre, se tiene otra en que sólo piensa, lee y se hace oír una burocracia y un pequeño grupo de ricos y de negociantes, íntimamente ligados a ella y sometidos ambos al gobierno, de quien todo esperan, quedando fuera de toda influencia intelectual y política las masas de peones, subyugados por ese pequeño grupo director, y un proletariado urbano afligido por la miseria; en lugar de la actividad política viene la indiferencia del pueblo y la ansiedad de la burocracia por rendir homenaje al personaje político que domina la situación. La elección popular se convierte entonces en una farsa en que el burócrata halaga con su falsa ayuda al futuro Presidente, o en una tragedia en que dos o más hombres audaces y que se sienten apoyados por la suficiente fuerza militar, se disputan a tiros el poder.

El gobierno democrático es un fruto del progreso. Los caudillos que dominaron en las sociedades de antaño, pudieron, gracias al espíritu de la época, fincar el mando en su estirpe, porque se les creyó elegidos de Dios para gobernar en su nombre, y así surgió el principio dinástico como factor del equilibrio político de las naciones. Bajo su amparo se organizó y desarrolló el trabajo pacífico de las clases populares, las cuales ampliaron sus conocimientos y su influencia más y más hasta formar esa burguesía que derribó a los reyes y los substituyó con ciudada-

nos iguales a todos y sin privilegios humanos ni divinos. Al gobierno de origen divino se substituyó así el gobierno de elección, el gobierno del pueblo por el pueblo, quedando instituído el gobierno democrático y encomendada al pueblo la selección del gobernante. La causa del orden o sea del progreso, puesto que el progreso no es sino el desarrollo del orden, había logrado ya modelar, en aquellos países en que ésto llegaba a suceder, una sociedad pacífica y laboriosa que podía ser gobernada con la ley en la mano por cualquier hombre de bien del tipo común; y por consiguiente, para designar un gobernante, bastaba una elección popular en que se elegiría al más honrado, al mejor intencionado y patriota, dentro del molde común, que en una sociedad pacífica es bastante uniforme. Por eso, para gobernar democráticamente una gran nación, realmente capacitada para esa clase de gobierno, no se ha necesitado nunca de un César ni de un Carlomagno. En cambio, en los pueblos retardados en su evolución, que llegaron a la vida política cuando el prestigio del principio dinástico había ya desaparecido, y por lo mismo no pudieron servirse ya de él, sino que, siguiendo el espíritu de la época, tuvieron que organizarse políticamente bajo la forma democrática sin estar preparados para ello, tenían que encumbrar hombres dotados de cualidades de energía, de actividad y perseverancia excepcionales, por ser tales cualidades indispensables para poner en orden esas levantiscas agrupaciones de hombres indisciplinados y tan audaces como faltos de escrúpulos. En tales condiciones el caudillaje, combinado con oligarquías de índole diversa o sea con minorías intelectuales, o plutocráticas; es decir, el prestigio del valor y de la fuerza, en unión de el del saber y del dinero, vinieron a substituir la acción del principio dinástico, y por eso en estos países, en lugar de la monarquía absoluta, que permitió modelar las antiguas sociedades, el caudillaje con una índole de gobierno intermedia entre la monarquía absoluta y la dictadura romana, ha permitido seleccionar hombres fuertes y dotados de poder omnímodo que continúen desarrollando los recursos del país, el imperio de la ley y la educación del pueblo.

El caudillo comienza a bosquejarse sirviendo brillantemente a su patria en sus grandes crisis, sigue precisándose al luchar

y vencer después a todos sus contrincantes que aspiran a gobernar el país. Después, cuando ya es el jefe indiscutible, viene la necesidad de cumplimentar las leyes políticas para dar satisfacción a la indocta turbamulta y para educar al pueblo en las prácticas de la democracia. Se hace campaña política democrática y se organiza una elección popular. Se agitan los políticos, salen a relucir los planes de gobierno y los principios políticos de los partidos; encubriendo todo ello trabajos de política personalista, en los que cada político tiene en lo más recóndito de su corazón sólo presentes sus relaciones personales con su candidato, y los beneficios que tales relaciones pueden reportarle para el porvenir. En cambio se habla muy alto de principios siempre olvidados después, y de promesas a un pueblo siempre ausente. Los partidarios del caudillo ya sancionado, que generalmente cuentan con la acción oficial, son los más y los que pueden de antemano saborear el triunfo. Los enemigos de ese caudillo, los que no han podido ganarse su voluntad, y los que por cualquiera causa se encuentran cerca de los aspirantes a caudillos que se atreven a disputar su puesto al que lo ocupa, forman el partido de la oposición. Su única probabilidad de éxito está en la revuelta y en la lucha armada; pues en el terreno político la mayor probabilidad está de parte del caudillo, hasta en el caso de que el gobierno le vuelva las espaldas.

En esas agitaciones políticas se mezclan de la manera más extraña el buen sentido y el conocimiento del medio social por parte del pueblo, y la más desordenada y desorientada actuación de muchos políticos que se figuran estar actuando en un medio altamente democrático. Las preocupaciones, los prejuicios y las frases hechas, señorean tales agitaciones y los mismos caudillos sufren la influencia de tales preocupaciones. Lo mismo que las tendencias de los hombres y las necesidades políticas del momento de los pueblos son varias: retrógradas, conservadoras o progresistas, los caudillos pueden ser también, retrógrados y conservadores o liberales y progresistas. Generalmente tienen en diversos grados y sucesivamente, ambas tendencias. Guerrero fué siempre un caudillo liberal; Iturbide fué siempre un caudillo conservador; Santa Ana fué en su juventud instintivamente li-

beral y después se convirtió en jefe conservador. Igual cosa pasa en menor escala con el Gral. Díaz. Pero cualquiera que sea su orientación política, pocas veces es completamente lúcida y siempre conservan muchas preocupaciones y prejuicios. Todos los caudillos mexicanos han tenido la preocupación de que el pueblo no ejercita sus derechos, sólo porque no lo han enseñado a ello y todos se han preocupado por guardar las formas para no contrariar tal enseñanza; pero, por supuesto, sin llegar nunca hasta el extremo de dar el triunfo al contrario. Nadie se hace cargo de que no se puede pensar en la felicidad de la patria, cuando la miseria y la desgracia oprimen el corazón, y de que, por lo mismo, para que un país pueda ser realmente democrático, es indispensable que las masas populares sean ricas y felices y no dependan de nadie: que el campesino labre su propio campo, y lo labre para sí, sin opresoras gabelas, y que el obrero tenga siempre trabajo bien remunerado, lo que requiere indispensablemente una industria floreciente y próspera; capaz de dar trabajo inmediato a todos los obreros, sin distinción de camaraderías ni de gremios.

En las incipientes democracias de que nos ocupamos, el gobernante que resulta "electo", lo estaba ya de antemano en el ambiente político del país que domina en virtud de sus hechos anteriores, y si el gobierno o los políticos tienen la humorada de declarar electo a alguno de sus competidores, pronto son vueltos al mundo de la realidad con el estruendo de las armas que el caudillo no dejará de emplear para recuperar lo que de hecho le pertenece; salvo el caso de que cansado o apoltronado se deje vencer por algún nuevo caudillo que lo reduzca a la nada para siempre. Es una ilusión o una ficción la abstención de un caudillo en la lucha electoral, porque a su posición no sólo corresponden ventajas, sino también responsabilidades y deberes. Cuando en alguno de esos grandes cataclismos que afligen a estas incipientes nacionalidades, en que se derrumba toda una situación, surge un hombre que, exponiendo cien veces su vida y su honra, logra meter de nuevo a la sociedad en su carril y formar una nueva situación política, tal hombre queda indisolublemente ligado a esa situación, y está condenado a llevar el peso del gobierno, mientras

no lo substituya otro por la fuerza, demostrando con ello estar más capacitado para gobernar. Abandonar el poder al primero que quiera tomarlo, es entregar el país a la anarquía, puesto que necesariamente tendrá que ser disputado el gobierno a quien lo asume sin tener las condiciones que en estos países se necesitan para gobernar, ni estar respaldados por el ejército, a quien sólo el prestigio militar fascina.

Estos países retardados, se ven así sometidos por la fuerza de los hechos y por la ley de la necesidad, a ese régimen gubernamental que con todos sus defectos es el único posible y el que más rápidamente ha de conducirlos al goce y al ejercicio de la verdadera democracia.

Desde luego selecciona hombres fuertes y capaces de mantener en orden a las turbas primitivas e indisciplinadas que en estos países forman las clases populares; da, después, al gobernante, el tiempo necesario para que la experiencia que va adquiriendo en el arte de gobernar, tenga una aplicación práctica en el gobierno, con beneficio notorio de todos; le permite, libre de todo compromiso, rodearse de una élite que da esplendor a su gobierno; y finalmente da al gobernante un poder y una autoridad tan grandes que hacen posible la serie infinita de actos y de medidas que se requieren para ir transformando los pobres peones y los miserables jornaleros, en hombres libres capaces de ejercitar los derechos del ciudadano. Un hombre que ha llegado, impulsado por su patriotismo y por su amor a los que sufren, o sea por su espíritu revolucionario, a ser el árbitro de los destinos de su país, tiene que consagrarse a mejorar la sociedad, y si es un rebelde enamorado del progreso, lo hará siempre buscando la manera de llegar en el menor tiempo posible a la creación del ciudadano, para que pueda ser posible el ejercicio de la democracia. Su condición de hombre fuerte acostumbrado a dominar las situaciones más diversas, le servirá a maravilla para ello.

Estas observaciones que se refieren a nuestro país, son aplicables, con pequeñas variantes, a la mayoría de las naciones latino-americanas, puesto que puede decirse que todas ellas sin excepción, han vivido ese régimen en alguna de las épocas de su vida independiente. Con excepción del Brasil, que pudo, por muy

especiales circunstancias, ampararse en el principio dinástico al comenzar su vida de nación soberana, las demás entidades en que se transformaron las colonias españolas al separarse políticamente de la Madre Patria, tuvieron que constituirse en repúblicas con gobierno representativo y popular copiado del de los Estados Unidos del Norte, sin contar, como aquéllos contaban, con un proletariado rural y urbano económicamente libre. En poco más de un siglo que llevan de vida, han evolucionado diversamente en el sentido de substituir la fuerza por la ley, el caudillo militar por el gobernante electo que sale de la penumbra para gobernar, y vuelve a ella cuando ha llenado su misión; y la oligarquía, o minoría influyente que aconseja al caudillo, por la opinión consciente del pueblo, más o menos influenciada por las artimañas de los banqueros y negociantes.

“Grande es la confusión de estas luchas en ciertas democracias” (1) dice García Galderón; “Los oligarcas no siempre son conservadores ni son siempre liberales los mestizos. Hay autocracias reaccionarias, como la de Portales, en Chile, las hay liberales, como la de Guzmán Blanco, en Venezuela. Los federales son, generalmente, demócratas y liberales; pero también los hay conservadores y autoritarios. Los demócratas del Perú son reaccionarios en religión; los de Chile, radicales. El régimen civil es conservador en Bolivia con Bautista, en el Ecuador con García Moreno; es liberal en México con Juárez, y en Chile con Santa María y Balmaceda. El militarismo es radical con el General López en Colombia, y conservador con el General Castilla en el Perú.” Más adelante, tratando de caracterizar esa evolución, agrega el mismo autor: “La época de los generales cede su lugar a un período industrial en el cual la riqueza aumenta, las industrias se complican, el trabajo se divide y la asociación se extiende en el comercio y en la producción agrícola. La cooperación, la organización, la solidaridad que faltaban en la época de anarquía, son los aspectos del intenso desarrollo económico. Los intereses creados buscan la paz y el orden interior que favorecen su expansión.” “En las repúblicas australes de América el industrialismo

---

(1) “Les démocraties latines de l’Amérique”

domina: en la Argentina, el Uruguay, Chile y quizá en el Brasil tropical. En Bolivia y el Perú aún viven los últimos jefes; los partidos son personalistas, pero su influencia no es ya tan decisiva como lo era hace treinta años. En los pueblos septentrionales, de México al Ecuador, la anarquía y el caudillaje persisten, y la inquietud política no ha sido dominada por el principio de autoridad. La larga dictadura del General Castro y de algunos otros presidentes centro-americanos, demuestra que sólo esa forma de gobierno puede mantener la paz en esos países."

Lo que el autor citado llama industrialismo o período industrial, no es en realidad sino un estado avanzado de la evolución democrática de esos pueblos, que tiene por causas principales: la mejor repartición de la tierra, la libertad económica del campesino (con el peso de su opinión conservadora del orden para no perder el bienestar de que disfruta), y la completa desaparición del peón de hacienda y del indio remontado o su reducción a insignificante minoría en la población del país. La falta de ese elemento que ha sido siempre la carne de cañón en las guerras civiles de América, es la que permite semejante progreso, porque esas guerras son la única oportunidad que los pobres peones tienen para salir de la esclavitud, con sólo el riesgo de perder una vida miserable sin ambición ni esperanza.

---